

Aprender y enseñar mirando: la dimensión simbólica de las representaciones sobre una ciudad antigua de la provincia de Buenos Aires

Dedier Norberto Marquiegui
Universidad Nacional de Luján

Introducción

Los historiadores hemos vivido largos años presa de un engaño, el anacronismo, que nos hace pensar como existentes, para las épocas y procesos que tenemos el propósito de examinar, categorías de análisis y juicios de valor que son de uso actual; por lo tanto, no es pertinente proyectar con esos mismos significados hacia atrás, atribuyéndoles sentidos y alcances que convertirían nuestras descripciones en improcedentes, a la vez que irreconocibles para los propios actores que vivieron en ese momento. Realizar esa proyección invalida las categorías de análisis, o por lo menos les hace perder su pretensión implícita de "objetividad". Parecería legítimo sospechar que lo que estamos haciendo, más que dar cuenta de una realidad preexistente, es dar satisfacción a nuestros propios deseos de postular cómo, según nuestro criterio, debieron de haber sucedido las cosas, forzando si fuera necesario los testimonios que llegaron a nosotros, para adaptarlos a las teorías y líneas de interpretación que en cada caso venimos a sostener, haciéndoles decir lo que no dicen y sin tener en cuenta que, como enunciaba Marc Bloch, "...para gran desesperación de los historiadores, los hombres no suelen cambiar su vocabulario cada vez que cambian sus costumbres".¹ Lo cual, ni más ni menos, nos recuerda que una misma palabra o un mismo hecho utilizados en diferentes contextos podrían ser reveladores de cosas muy distintas que, por lo tanto, no hay que darlas por presupuestas. Resultaría engañoso pensar que existen conceptos, o procesos, a los se les pueda atribuir, como nos gustaría creer probablemente, significados transculturales constantes y que atraviesen todas las épocas.

Claro que el peligro, si bien siempre latente entre los estudiosos cultores de la disciplina, se vuelve tanto más notorio cuando pasamos al plano de la educación, en donde se manifiesta, por ejemplo, a través de la pregunta, recientemente formulada, acerca de qué es lo que enseñamos cuando enseñamos historia.² La primera tentación, reminiscencia quizá de tiempos idos, cuando la actividad ofrecía mayores seguridades, o expresión inconsciente de los vicios de un positivismo metodológico al que solemos de palabra atacar pero que no erradicamos con la misma decisión de nuestras prácticas y creencias cotidianas, sería la de responder a la vieja usanza en el sentido de que nos permite reconstruir "los hechos tal cual fueron". La falacia, sin embargo, es evidente por

donde se la mire, por la sencilla razón de que lo que pasó ya fue y es, por lo tanto, irreparable en los mismos términos tal como en su momento habría sucedido. Junto con otros lugares comunes, como los de afirmar que el pasado es una sumatoria de hechos que se superponen y confluyen hacia nosotros –que somos su resultado– sin conflictos, de manera siempre positiva, tiene la no deseada consecuencia de alejar a los alumnos de esa historia que no les interesa, porque la sienten demasiado distante y ajena a los problemas que deben afrontar todos los días; renuncia a las pocas referencias válidas que podrían, en sentido contrario, incentivarlos, como la frase de Kierkegaard según la cual “la vida se vive hacia delante pero se comprende hacia atrás”.³

La pregunta que nos queda por responder, entonces, es por qué hacemos esto. ¿Por qué atentamos de esa forma contra la esencia, contra el sentido mismo de nuestra profesión, como investigadores o como docentes de historia? Una explicación, algo extraña quizá pero no por eso menos convincente, podría residir en el empeño con que los historiadores, y los profesores de historia más aún, han resistido aceptar algo que la antropología asumió hace mucho. En efecto, cuando un antropólogo analiza una sociedad y realiza un trabajo de campo interrogando a sus informantes, tiene la clara conciencia de estar tratando con gente distinta, de estar enfrentándose con “otros” diferentes de él mismo y a los que es necesario estudiar en sus términos y en su contexto. Mientras, para los historiadores parece más fácil (¿y cómodo quizás?) suponer que los que nos precedieron, no importa si fue hace cincuenta, cien o doscientos años, pensaron y sintieron lo mismo que nosotros, sin llegar a comprender que esas personas, aunque hayan residido incluso en el mismo lugar donde hoy vivimos, pertenecían a otra cultura, tenían costumbres y hábitos distintos y se manejaban bajo otros códigos.⁴ Es decir que, para poder entenderlos, deberíamos tener la misma actitud de extrañamiento que tienen los etnógrafos cuando se internan en el corazón de una pequeña y desolada isla, pues, aunque nos cueste admitirlo, también los historiadores, todos los días, confrontamos con muchos tantos “otros” a quienes no lograremos comprender si no nos habituamos a pensarlos tratando de conocer su mentalidad, utilizando sus propios sistemas de representación que crearon o crean en “su mundo”, y no como nos hubiera gustado o nos hubiera resultado conveniente que sean.

Curiosamente, esa misma clase de familiaridad excesiva con la que demasiado a menudo nos acercamos al pasado –particularmente visible en maestros, profesores de secundaria y terciarios– es la que ha tenido como resultado el desinterés, cuando no el aburrimiento (entendible) de los jóvenes alumnos. De manera sucinta, se podría decir que hay dos maneras, aunque por supuesto hay más, de hacer y enseñar historia. La primera, que es la que habitualmente se reproduce en las clases o se cultiva en los libros y manuales de los así llamados autores de divulgación, procura consolidar a la gente en aquello que sabe, generando una especie de “sentido común” cristalizado⁵ pero que, libresca y repetitiva, no hace preguntas, elude los conflictos y no plantea nuevos desafíos. La segunda, que es la historia de los historiadores, lejos de confirmar las ver-

siones de quienes los precedieron, apunta siempre a ponerlas en discusión a partir del descubrimiento de nuevos documentos, pero también de la incorporación de nuevos métodos y orientaciones teóricas que surgen de las últimas investigaciones en la búsqueda por construir una ciencia a la altura de los tiempos. Ahora bien, poniéndonos en el lugar de los receptores de esos mensajes, y aceptado el hecho de que es la primera forma de transmisión la que todavía predomina (no sólo en las aulas sino también en los intercambios informales habidos hacia el interior de las familias, entre grupos de amigos, en los medios masivos de comunicación y hasta en las modernas tecnologías como Internet a las que los jóvenes son tan afectos) y teniendo en cuenta, además, la actitud de rechazo a lo establecido y la psicología del adolescente, deberíamos preguntarnos qué sentido tiene para ellos transitar los senderos que todos, unánimemente, les indican como los correctos para entender cómo llegaron hasta donde hoy están. Quizá, si se les explicara que no es uno sino son varios los caminos que se pudieron haber recorrido, y que no da lo mismo uno que otro, aunque se conozca (o se crea conocer) el resultado final –porque es la naturaleza del camino lo que les permitirá más genuinamente explicar su posición actual, incitándolos a pensar, presentándoles una historia sin verdades inmutables o absolutas, sujeta a discusión, que los lleve a buscar en su imaginación nuevas alternativas para después decidir si las profundizan o descartan a través del debate y del razonamiento lógico–, se podría atraer su atención, procurando transgredir los límites de los libros o de los lugares comunes, que serían igualmente un punto de referencia, aunque más no sea para discutirlos. Se abriría el abanico de las opciones disponibles hacia otras que, de tan evidentes que son y por el apego que tenemos a nuestro viejo y anacrónico recetario de verdades del que nunca prescindimos, no atinamos siquiera a mirar aunque se nos presenten ante nuestra vista.

Un muy buen ejemplo, probablemente, de esta forma de proceder podría ser el recurso a la observación, que tan bien supieron usar los antropólogos, y que nos podría servir para entender, entre otras cosas, los procesos de configuración de las ciudades en que vivimos, al preguntarnos por el origen de los espacios públicos, los edificios, por sus funciones y su historia, contrastando la información de los libros y apelando a las entrevistas, a los periódicos de época, a las memorias o historias de vida. Mas no en el sentido de receptor pasivamente todo lo que se nos dice, sino confrontando la información reunida y organizándola según formas analógicas que representen a nuestro pequeño pueblo, barrio o urbe, como un texto que puede ser leído en la medida que está disponible para ello.⁶ Esto es el escenario de un drama social que tiene lugar todos los días, con protagonistas, actores, roles y formas ritualizadas de teatralización, que transmiten mensajes de los que sus espectadores, sin embargo, son receptores nada pasivos;⁷ o como un juego, con contendientes que hacen movimientos y desarrollan estrategias, según reglas preestablecidas, que conllevan acciones de riesgos calculados para conseguir objetivos.⁸ Todo lo cual tendría la ventaja adicional (además de permitirles presentar los procesos de una forma mucho más atractiva, al patentizar las

contradicciones de las versiones a las que tienen acceso) de incentivar a los jóvenes estudiantes a articular su propia interpretación, alentándolos a la busca nuevos materiales e incitándolos a “releer”, a la luz de esos nuevos documentos, los lugares por los que, probablemente sin ver, transitan todos los días. Mientras realizan esta tarea de estudio e investigación sería conveniente alertarlos, agudizando su sentido crítico de que no todo es lo que parece, y que así como los textos se construyen para cumplir metas y no son “la verdad” revelada, lo mismo sucede con los espacios y con las realizaciones materiales de los hombres; por esta razón es necesario pensar el por qué del diseño de una plaza, el recorrido de una calle, los motivos simbólicos impresos en la fachada de un edificio, o su ubicación, los que deberíamos ser capaces de comprender en su funcionalidad o “sentido”.

Precisamente, partiendo de premisas como éstas, nuestro propósito es demostrar cómo la imagen de una ciudad podría ser reinterpretada revelando su carácter construido, tomando como caso testigo a Luján, probablemente la aglomeración urbana más antigua de la campaña de Buenos Aires. Esto a través de un método aplicable a cualquier otra ciudad, cualquiera sea su carácter o la fecha a que se remonten sus orígenes, pues pasaría a ser analizada ya no en función de su población, grado de desarrollo o peso específico, sino como “mensajes” por decodificar, impregnados por las huellas del pasado y por los conflictos que vivieron las generaciones que nos precedieron en el camino. Mensajes que se nos presentan ahora como constelaciones de símbolos que sólo nos revelarán su significado en el proceso de investigación y en el cotejo entre lo que se ve, nos han dicho o hemos leído; es decir, entre la cultura aprehendida y la que surge de tratar de entender lo implícito invisible; mas no con el objeto de diferenciar verdad de mentira (después de todo, ¿quién puede afirmar que es su poseedor para siempre?), sino que los alumnos se sientan involucrados y partícipes de esa realidad, y no pasivos receptores de una historia que los debe contar, para transformarse en activos protagonistas.

Luján o las desventajas de mirar distraído

A casi setenta kilómetros al oeste de Buenos Aires, capital de la República Argentina, y unida a ella a través de diversas vías de comunicación, entre las que se encuentran la Autopista del Oeste, el transporte ferroviario y la ruta nacional 5 (ex nacional 7), se localiza la ciudad de Luján, escenario, como sabemos, de un multitudinario fenómeno que la convierte en uno de los principales polos religiosos, no sólo del país sino también de Latinoamérica. Se calcula que alrededor de cuatro millones de personas la visitan anualmente, una cifra que la coloca, fronteras adentro, por encima de los más prominentes centros turísticos del país, haciendo de su monumental Basílica neogótica de 110 metros de alto el punto de convergencia de un movimiento de vastas proporciones que incumbe, pareciera desde siempre, a todos los sectores de la sociedad argentina.⁹

A ese atractivo predominante, cuando no excluyente, se suman otros –muchas veces opacados por la descomunal figura del santuario– que ayudan a configurarla completando la escena.

Flanqueando al templo, al poniente, está el edificio del antiguo Cabildo, el único de la campaña bonaerense actualmente convertido en Museo Colonial; a su lado se encuentra la llamada casa del Virrey, en realidad durante largo tiempo residencia del Real Estanco de Tabacos y Naipes pero que, por una noche, alojó a Sobremonte en su desesperada huida de los ingleses durante las invasiones de 1806, dando pie al intencionado equívoco. Entre esos edificios (los únicos genuinamente coloniales que han quedado en pie, por lo menos que se sepa) y el templo se encuentra la plaza, que ya figura en la traza de 1755; algo más allá está el río, cuya presencia fue factor decisivo en la radicación de la iglesia primero y del pueblo que le seguiría después. Sólo que hoy su antigua calma se ha visto alterada, entre otras cosas, por la bulliciosa presencia de los peregrinos que concurren a los recreos ribereños, de estilo neocolonial, o transitan sin cesar por los parques, paseos y juegos de la costa.

Nuestra descripción, sin embargo, no estaría completa si no hiciéramos referencia a la presencia de la avenida procesional, al noreste, que conecta a la autopista que viene desde Buenos Aires con la plaza principal, poniendo rápidamente al recién llegado en frontal contacto con la impactante figura de la Basílica que desde dos cuadras previas a la plaza, se encuentra enmarcada por una doble hilera de recovas, residencia de uno de los complejos museográficos de mayor nivel de calidad y concurrencia del país, que confiere a la escena su típico acento colonial. En ese espacio reducido, todos los fines de semana, y en especial cuando las grandes peregrinaciones llegan desde todos los puntos del país, se mueven miles y miles de personas que desbordan los marcos de contención y hacen insuficientes las provisiones. Ellas se verían seguramente sorprendidas si, como lo revela el título de esta sección,¹⁰ se les dijera que no todo lo que ven es lo que parece; pues las recovas, los museos y los recreos, lejos de pertenecer a la época que representan, son construcciones modernas, que todavía no han cumplido setenta años. La finalización misma del santuario data más o menos de esa fecha, aunque su construcción se inicia en 1890 y funciona como continuidad de otros templos formando parte de una larga tradición religiosa, ella sí originaria del siglo XVII pero que sólo con la llegada del ferrocarril adquiere su carácter masivo. Estamos en presencia, pues, de un claro ejemplo de aquello que los geógrafos, y científicos sociales en general, han querido llamar “espacios de representación”.

Curiosamente, a pocas cuadras de ese fenómeno, y aislado de él aunque naturalmente conectado a su desarrollo por sus efectos reproductores e implicancias lógicas, se encuentra la “otra ciudad”: el Luján de más de sesenta mil habitantes, visualmente desierto los fines de semana pero que, por contraste, aparece muy activo el resto de los días. Las calles San Martín y Mitre que rodean por delante y por detrás a la Iglesia constituyen su eje articulador a la vez que el centro principal de radicación de las ac-

tividades financieras y comerciales; concentran el grueso de las funciones urbanas en las cuatro cuadras y las pocas manzanas que separan al templo de la otra plaza (la plaza Colón) ubicada más al este y sede de los poderes políticos municipales. Más al oriente, pasando la Avenida Humberto Iº, hacia el ferrocarril, y excediendo las áreas centrales de mayor densidad poblacional y edilicia, se encuentran algunos de los barrios más antiguos, todavía de perfil residencial, aunque en ellos se han ido radicando, cada vez más, algunos de los más importantes servicios educativos, además del hospital público. Para llegar, finalmente, como último hito de esta recorrida, al puente de alto nivel, algo así como la fachada visible de la ciudad, a cuya sombra se encuentra la Universidad Nacional de Luján, una de las no muy numerosas casas de altos estudios que cuentan con el patrocinio del Estado. A ello habría que agregar también los nuevos barrios que se extienden más allá de las rutas, que no son sólo la Nacional 5 y la Autopista del Oeste; están también la 6 y la 192 que comunican a Luján con el Litoral, la Mesopotamia, Brasil y el Noroeste argentino, además de la capital provincial La Plata y la costa atlántica por si fuera poco, sin olvidar, en el caso de la 5, los nexos establecidos con la provincia de La Pampa y la Patagonia al sur, con los contrafuertes andinos al oeste o, más lejos aún, por la 7, con el vecino país de Chile. A la vera de esas rutas, habría que aclarar, se ubican (¿o habría que decir con más propiedad se ubicaban?) las industrias de la sustitución de importaciones, hoy en crisis, para dar lugar después a los barrios periféricos, poblados por los obreros o por los emergentes de las migraciones internas y de los países limítrofes de las últimas décadas; son la manifestación más visible también de un incontenible proceso de expansión de la ciudad, cuyos habitantes ya no encuentran cabida en el centro tradicional. Es un escenario, por lo general, oculto a la vista de los visitantes y que permanece ajeno al fenómeno de las peregrinaciones.

En definitiva, frecuentemente visitadas y mejor comunicadas, las diferentes escenas urbanas a las que hemos aludido no son sino representaciones locales, pequeños reflejos de las distintas etapas del desarrollo histórico del país, lo que convierte a la ciudad en un excepcional muestreo del pasado argentino, entre otras cosas por su antigüedad, pero que sin embargo no es aprovechado, para la docencia o para el turismo, dando cuenta de las posibilidades que ofrece. Porque, curiosamente también, no son sólo los peregrinos los que desconocen la divisoria que existe entre esos dos o más "lujanes":¹¹ uno que permanece oculto, el otro, sometido a una constante exposición pública, pero que son la resultante de un proceso dialéctico hasta hoy únicamente percibido por algunos pocos y atentos observadores. Más aún, para la mayoría de la población lujanense, y no podía ser de otra forma, las postales diversas de la ciudad, su conciencia histórica, se sintetizan en una única y excluyente dimensión: la imagen del Luján religioso. El resto de su pasado, cuando no ignorado, se limita a retazos y pantallazos rápidos que, por eso mismo, no pueden ser integrados en el cuerpo principal de su identidad y de su historia. Ello impide, por un lado, salvar esa escisión que ya hemos mencionado y, por otro, poner en valor recursos patrimoniales cuyo potencial uso, no sólo a los fines

educativos sino también económicos (en una época de creciente recesión, de crisis de la pequeña y mediana industria que también alcanza al comercio, con su secuela lógica de desempleo) no debiera ser desestimado.

Imágenes contrapuestas, entonces, las razones de esa percepción, que sesga el imaginario en una dirección bloqueando su acceso a la otra, no parecen estar tan claras, por lo que deberían ser objeto de un mayor y más cuidadoso análisis. Se trata de un propósito, obviamente, que no llegaremos a cubrir si no intentamos estudiarlo, como aconseja Geertz, yendo del texto al contexto, viendo el modo cómo esos sistemas de representación han sido producidos, y los correlacionemos (en tanto “invenciones” significativas o recreaciones actuales de un pasado mítico reformulado según las necesidades de cada época)¹² con los distintos períodos del proceso de desarrollo, económico, social y cultural de la ciudad de Luján y su partido, que es el escenario donde históricamente se dirimió y se fue decantando con el tiempo. Esa relación dialéctica es la que nos permitiría entender las razones que explican la eventual pervivencia, y/u olvido, de algunas de esas etapas al establecer ciertas pautas de cómo piensa o se orienta el pensamiento de la gente, partiendo del presupuesto, como dijimos antes, de que se trata de representaciones o sistemas de representación que son resignificados, “reinventados”, en distintas circunstancias y que para ser comprendidos deberían analizarse en su articulación compleja, en su inscripción en el seno de las prácticas y de las relaciones sociales que son las que los devuelven a su sentido primitivo.¹³

Los comienzos

La planta urbana de la ciudad de Luján, en particular su “centro histórico”, reconoce sus orígenes más remotos en el así llamado “Milagro de la Virgen”, que la tradición ubica en 1630 y que ha quedado testimoniado en el relato de algunos de los viajeros que por esa época atravesaron la zona y en los de los cronistas de la tradición mariana, quienes sentaron los precedentes de una versión luego sistemáticamente sostenida por los historiadores.¹⁴ En realidad, ubíquese en el plano que se lo ubique, el “Milagro de la Virgen” es un hito sólo indicativo, pues, de aceptarse su existencia, debió haberse producido, por lo menos tal como lo presentan investigaciones recientes, lejos del emplazamiento actual de la urbe, sobre la banda este del río Luján, a unos 30 kilómetros de la ciudad, en las inmediaciones de Villa Rosa, actual jurisdicción del vecino partido de Pilar. En ese momento era, podría decirse, un área de circulación habitual de la colonia por donde pasaba uno de los accesos principales a la ciudad y puerto de Buenos Aires que, después de atravesar el río de Las Conchas por el paso de Morales, se dirigía al oeste y al norte pasando por Pilar, San Antonio de Areco, Arrecifes y Pergamino.¹⁵ Esa vía de comunicación, al parecer, constituía una alternativa cierta y más frecuentada al principio que el más conocido Camino Real, probablemente por su mayor lejanía de la frontera en un época caracterizada por la existencia de un denso reticulado de sen-

deros, destinados a conectar los circuitos legales o semiclandestinos que articulaban las economías regionales y el tráfico exterior;¹⁶ en lo que a nosotros compete, fue el escenario sobre el que se montó el primer oratorio donde la imagen de la Virgen, luego venerada en Luján, fue objeto de culto.

Tiempo después, las desfavorables condiciones topográficas de la región y las frecuentes incursiones de los aborígenes condenaron al fracaso todos los intentos por afirmar el camino, como el fuerte del gobernador Martínez de Salazar, avanzada contra el indio en Pilar, y obligaron a la clausura de esa ruta o, al menos, a su subalternidad respecto de la que se constituyó desde entonces en la principal vía de comunicación de la zona: el Camino Real. A ese desenlace no fueron ajenos, desde luego, la compra y posterior traslado de la imagen de la Virgen en 1671 a la estancia de Ana de Matos, a la vera de la ruta ahora privilegiada por las circunstancias. Allí se edificó la primera capilla y, a su alrededor, la fábrica y los hornos para su construcción; el proyecto se completó en 1682 cuando la mencionada Ana de Matos donó para el santuario todo el sitio necesario para la fábrica y los hornos de ladrillos, a lo que habría de agregar, también, tierras de la otra banda del Luján, "...para la conservación de las limosnas de ganados de los devotos...", que es la base de lo que después sería la estancia de la Virgen. A ellas habría de añadir, además, algunas otras de esta banda del río, tomando por referencia a Buenos Aires, presumiblemente para la fundación de un poblado en los alrededores del templo pero sin que ello implicara, es obvio, su concreción inmediata.¹⁷

De modo que, por todo lo expuesto, los orígenes de la ciudad de Luján mal pueden ubicarse en 1630. En todo caso lo que allí se inicia es el culto a la Virgen que luego sí tendría que ver, y en grado sumo, con el montaje de la Villa. Pero ése es un hecho, sin dudas, también posterior y cuya presencia no sería comprensible si no se tomara en cuenta una serie de factores que, en el mejor de los casos, se irían con el tiempo agregando. Pero hay más. La probable intención de fundar un pueblo en 1682 por Ana de Matos no supuso, desde luego, la rápida realización de ese anhelo. En realidad, a la obvia constatación de que un deseo no se concreta por el solo hecho de quererlo, se suma una serie de comprobaciones fácticas difíciles de rebatir. Por ejemplo, a principios del siglo XVIII, los documentos de la época se refieren a la "Capilla de Nuestra Señora de Luján", a las "tierras de la Virgen", pero en ningún caso mencionan la existencia de un poblado o aldea. Muy por el contrario, como lo han probado otras investigaciones, en 1711, en ocasión de crearse la reducción india de San Francisco Javier en tierras de Gregorio de Matos, hijo y heredero de doña Ana, pudo saberse que su estancia estaba abandonada y nada podía encontrarse en ella, al punto que la misma reducción apenas sobrevivió poco tiempo, acosada por los brotes epidémicos.¹⁸ Y, por si hiciera falta más pruebas, habría que agregar que el padrón de la campaña realizado en 1726 nada registra, sino que demuestra con toda claridad que en las inmediaciones de la capilla no había otra cosa que sus dependencias y la estancia de la Virgen, en donde vivían los empleados de la fábrica y el capataz, incluidos los peones y agregados del establecimiento rural con

sus respectivas familias.¹⁹ No hay referencias tampoco de la existencia del pueblo, ni de nada que se le parezca, cuando se instaura el curato con sede en la capilla en 1730. No es difícil deducir, en consecuencia, que, a menos que se aporten pruebas documentales en contrario, la hipótesis tradicional que ubica los orígenes de Luján a fines del siglo XVII es hoy ciertamente insostenible. Haría falta, como veremos más adelante, nuevos factores convergentes que se añadan a los ya existentes para posibilitar el desarrollo de una concentración urbana. Sin embargo, a nivel de las percepciones dominantes, si se interroga hoy a cualquier vecino de Luján o a cualquier turista, emergerá, sin fisuras, la imagen del acto fundacional asociado al hecho religioso del Milagro. ¿Cómo explicar, entonces, esa disparidad de criterios entre los sistemas de representaciones que parecen devolver imágenes radicalmente distintas? ¿Y cómo subsiste un modo de ver las cosas que sobrevive, pese a haber sido contrastado cada vez por más y por más evidencias? En todo caso, aludimos a sucesos que pertenecen a diferentes esferas y por lo tanto no deberían ser confundidos –con los datos hasta ahora puestos en juego resulta difícil entenderlo– por lo que será necesario, entonces, avanzar en el tiempo para luego sí, con otros elementos de juicio, volver sobre este punto.

Admitido pues que la ciudad de Luján no surgió como tal en 1630, ni en 1682, como sostiene la tradición, cabe preguntarse entonces cuáles fueron los factores que condicionaron su emergencia posterior a la luz de nuevas circunstancias. Obviamente la preexistencia de la capilla, y de la estancia de la Virgen, jugó un papel fundamental como elemento articulador en torno del cual se aglutinó la población de la aldea. Pero, junto a ellos, habría ahora que considerar otros, poco tomados en cuenta, que aceleraron notablemente un desenlace que hasta ese momento no había logrado concretarse. Uno de esos factores fue el rol de Luján como posta y lugar de descanso en el Camino Real convertido desde 1663 en “paso preciso y obligado” del sistema de comunicaciones de la época. Papel, además, activado por la recomposición de la economía minera alto-peruana en la primera mitad del siglo XVIII y por la circulación de metálico y de los más reducidos excedentes de los tráficos interregionales hacia su destino final en el puerto de Buenos Aires. No habría que olvidar tampoco el papel de la propia Buenos Aires como centro de consumos, y la introducción, por esa misma vía, de esclavos, “efectos de Castilla” y otros productos demandados por el mercado interno con principales polos en Potosí y las provincias del interior.²⁰ Como es fácil percibir, el incremento de esos intercambios exigiría afirmar el Camino Real y en esto es menester no olvidar, como a menudo sucede, la condición fronteriza del Luján del siglo XVIII.

En efecto, la frontera con el indio pasaba entonces por la Guardia de Luján (hoy Mercedes), aproximadamente a treinta kilómetros al sudoeste de lo que después sería la Villa, cuya emergencia, en realidad, no parece ser ajena a la andanada de malones posteriores a 1730. Es que, en esa coyuntura particular, el agotamiento de las manadas cimarronas indujo a los aborígenes a volcarse sobre las existentes en las estancias, y el pago de Luján fue testigo de sucesivos ataques en 1740, 1741 y 1744.²¹ Es enton-

ces cuando la población, acicateada por esos acontecimientos, se reagrupa, en busca de refugio, en los alrededores de la capilla. Para 1744, es posible discernir la forma de una incipiente concentración humana, como lo viene a demostrar la testataria de Magdalena Gómez de Díaz Altamirano, propietaria por compra de su marido de las tierras de los Matos, quien en 1742, accediendo a un pedido del gobernador Salcedo, ordena a sus herederos vender, dividiendo en parcelas, las tierras en torno de la capilla para que las pueblen las personas que escapaban de los indios; aunque, habría que consignar también, que las relaciones con los aborígenes no eran solamente bélicas. Es necesario remarcar el papel de Luján, no sólo como paso obligado de los caminos que iban hacia el norte y el oeste, sino también de los que se internaban al sur más allá de la frontera, como punto de partida de las expediciones a las salinas y, por lo tanto, eje de los circuitos comerciales establecidos con los indios.²² Ciertamente, a pesar de su evidente importancia, la imagen de esa sociedad fronteriza, dinámica y móvil, ha quedado totalmente relegada por otras en el imaginario de la gente. Ello tiene que ver, probablemente, con la rápida pérdida de su condición de confín (apenas entrado el siglo XIX) y la ausencia o supresión de una población indígena que hiciera sentir su presencia. Pero no es menos cierto, también, que Luján raramente se vio en ese papel de eventual campo de confluencia entre dos culturas diferentes, sino más bien, acentuado por la mítica guerrera, como postrer baluarte de la civilización, en defensa de los valores españoles y cristianos en los que no poco tienen que ver, nos parece, la presencia y representaciones de la Iglesia.

Más perdurable, en cambio, ha sido la percepción de su rol como nudo de caminos. Papel en todo caso reconfirmado por su ubicación en el moderno sistema de comunicaciones de nuestra época; ese argumento, de hecho, fue y sigue siendo utilizado cuando de lo que se trata es de conseguir la radicación de establecimientos industriales, comerciales o instituciones de otro tipo, como la Universidad en su momento, que enfatice la cercanía de la Capital y su accesibilidad por varias vías. De todos modos, la permanencia temporal de esa imagen no implica que sea poseedora de un nivel de impacto similar al de otras representaciones decididamente más consolidadas. Como fuere, y volviendo atrás en nuestro argumento, lo cierto es que el padrón de 1744 revela ya la existencia, en la "Capilla de Nra. Señora dela Linpia Consepsion deluxan y vecindad poblada en Contorno en Calles aforma de Pueblo", de una concentración de 193 personas reunidas en 27 unidades familiares coincidentes con otras tantas casas. La relación entre sexos era equilibrada: 101 hombres y 92 mujeres. La población era mayoritariamente blanca y, aunque no faltaban representantes de grupos minoritarios, había sólo 4 esclavos.²³ La estructura familiar reflejaba, aunque en forma más acentuada, la composición social de una campaña que, contra lo que suele creerse, tenía por característica principal en esta época una posesión y un usufructo de la tierra muy fragmentado y un desarrollo agrícola comparable en volumen y valor a la producción ganadera.²⁴ Desarrollo explicable, en realidad, si consideramos la consolidación de la ciudad de Buenos Aires como

mercado, gracias a su expansión demográfica y al incremento del movimiento portuario luego de la creación del Virreinato del Río de la Plata, del que es capital y también gracias a las migraciones internas que proveyeron la mano de obra necesaria para el crecimiento de las actividades agropecuarias después de asegurada la frontera. Lo que viene a revelar, en definitiva, toda la precariedad que se puede advertir en la incipiente aldea que, lejos de estar consolidada, necesitaría en verdad de otros soportes sobre los que cimentar su futura existencia.

Pese a todo, y aunque resulte difícil creerlo, una década después ese poblado embrionario sería capaz de reclamar a la corona, y obtendría el título de Villa; funcionaría desde 1756 como cabecera de un amplio distrito que tenía por límites al este y al oeste los ríos Las Conchas (hoy Reconquista) y Areco, y al norte y al sur el Paraná y la frontera con el indio. Quien llevaría adelante ese trámite hasta feliz término, paradójicamente, lejos de ser un actor identificable con los tipos sociales imperantes en la zona, sería un gran comerciante del circuito de la plata, Juan de Lezica y Torrezuri, con escasos intereses aparentes en el medio rural bonaerense y muy vinculado, por el contrario, al comercio mayorista y al tráfico que tenía por ejes a las ciudades de Potosí y Buenos Aires. Su intervención ratifica, en realidad, muchos de los motivos que habían llevado a la creación del pueblo, pues parece legítimo preguntarse por qué un gran comerciante mayorista se interesa por consolidar la situación de un pequeño pueblo de frontera. De su acendrada fe y de su devoción por la Virgen mucho se ha dicho ya, así como de sus vinculaciones con la Iglesia; es por lo demás un patrón de comportamiento habitual en los miembros de su clase a mediados del siglo XVIII.²⁵ No habría que olvidar, como demasiado a menudo se lo hace, es que, además de asumir la edificación de un nuevo templo y de llevar adelante las gestiones para la ratificación del cabildo, Lezica impulsó la construcción del puente sobre el río Luján, el primero de la provincia, en la traza del Camino Real, que agiliza la circulación sobre él como su profesión lo requiere. Se puede deducir que de lo que se trataba entonces era de afianzar a la Villa en su doble rol tradicional de polo religioso y centro intermediario, como consta en los expedientes sobre los orígenes dados a luz por el problema jurisdiccional con Buenos Aires,²⁶ además de convertirla en centro administrativo y político de la campaña. El puente, por otra parte, cumplía otras funciones: servía al control del tráfico y permitía el cobro del pontazgo, una de las pocas rentas con que contaba el cabildo de la Villa, a menos que estuviera cortado por un problema que luego se revelaría recurrente en la vida de la ciudad: las inundaciones provocadas por el río Luján.

Por suerte, entre las diligencias efectuadas para la obtención del título de Villa, se ha preservado la nómina de habitantes y un plano del pueblo en 1755, lo que nos permite trazar su perfil cotejándolo con el de la década precedente.²⁷ La población había crecido, desde 1744, superando las 250 personas, y aunque el proceso de parcelación de la tierra continuaba, como se puede observar en los libros de protocolos del cabildo,²⁸ el área construida era mínima y abarcaba unas pocas cuadras que concordaban con lo

que se podría llamar el núcleo fundacional del “centro histórico” de la ciudad. Frente a la plaza (actual plaza Belgrano), y más de una cuadra al sudoeste, en dirección al río, estaban los “dormitorios” –el hospedaje y residencia de los encargados del templo– en el emplazamiento posterior de la Basílica. Media cuadra más allá, al este, por la hoy calle San Martín, el templo antiguo; las construcciones se extendían un poco más, aunque el primitivo ejido, zona de quintas periféricas, llevaba su linde hasta la actual calle Colón, cuatro cuerdas más en ese rumbo. Al norte, las casas se extendían no más de dos cuerdas, y ocupaban parte de lo que es hoy la Av. Ntra. Sra. de Luján, y poco más de una, al sur de la capilla, en dirección al puente.

La ulterior erección de la Villa modificó en algo esta distribución. El templo de Lezica, iniciado en 1754, ocupó el centro de la cuadra, frente a la plaza, en donde estaban los dormitorios, más recostados ahora sobre el del río. Aledaño a él estaba el cementerio. Las inmediaciones de la plaza se poblaron más densamente y es previsible una cierta extensión del radio habitado. El edificio del cabildo comenzó a construirse sobre la calle paralela a la plaza, ubicada entre el río y ésta. Aunque aún así, las dimensiones del poblado seguían siendo modestas y su edificación pobre; se destacaban tan sólo, en esa medianía, el templo y el edificio del cabildo a medio construir. Tal es la imagen que nos legaron, salvo algunas excepciones como Haenke, los viajeros que atravesaron la zona a fines del siglo XVIII e inicios del XIX. Concolorcorvo, por ejemplo, señala claramente la preeminencia de lo rural. Impresión compartida también por Félix de Azara quien señalaba en 1800 que “casi todos los vecinos de Luján viven desparramados por los campos de sus Estancias, según es práctica del pays, sin formar Villa o población unida; ni la formarán según lo persuade el observarse en el día no tiene en mi juicio los Edificios y forma de Pueblo”.²⁹

Sin embargo, tras esa aparente monotonía, encerrada en las reducidas dimensiones del pueblo, se habían producido algunos cambios dignos de ser apuntados. La creación del Virreinato y la sanción del Reglamento de Libre comercio tuvieron un efecto dinamizador sobre la economía. Las exportaciones de cuero, que por lo demás se venían dando desde hacía tiempo, impulsaron el desarrollo de la ganadería. Esa preeminencia de lo ganadero tuvo su correlato por otra parte a nivel de la estructura de poder. Los estancieros, con predominio de los pequeños y medianos hacendados típicos de la zona, dominaron el cabildo y desde él intentaron imponer un plan, aunque sin lograrlo del todo, destinado a eliminar a sus competidores en el control y posesión de los recursos: animales, hombres y tierra. Esto no significa, sin embargo, la ruina de los agricultores y los productores independientes. Muy por el contrario, el nuevo papel de Buenos Aires, como capital del Virreinato, genera una demanda que reactualiza su necesidad y la del Camino Real como nexo con el resto del de la campaña porteña. El comercio crece, y por supuesto en esto es importante el papel que Luján tiene como posta y lugar de descanso. Por lo demás, aunque parece innecesario decirlo, el crecimiento del campo arrastra al de la ciudad, como lo atestigua, por ejemplo, Alexander Gillespie, un oficial

británico prisionero en el cabildo (que también se utilizaba como cárcel) durante las invasiones inglesas; describe, dentro de la pobreza general de la zona, una planta urbana de alrededor de 200 casas, calles angostas y precarias que corren en ángulos rectos, viviendas de barro y, como único rasgo destacable, la iglesia.³⁰

Ese era, pues, el Luján que entraba a la etapa revolucionaria. Habrá que ver cómo los cambios que la nueva etapa parecía anunciar desde el comienzo potenciaron su desarrollo o, por el contrario, la sumieron en un letargo del que luego le costaría despertar. En todo caso, una época de grandes desafíos se abría ante el ya añejo poblado y ocasionaría, intencionadamente o no, transformaciones que habrían de influir más adelante en los perfiles que su sociedad hoy asume como parte constituyente de la historia.

Épocas oscuras: las percepciones de la revolución y la anarquía

Ya entrado el siglo XIX muchos de los cambios enunciados anteriormente fueron acentuados por la Revolución de Mayo y el librecomercio desde 1810. Pero la Revolución trajo consigo también a la guerra y ello supuso, en lo inmediato, un esfuerzo considerable para la campaña en cuanto a la provisión de hombres y recursos. En el plano político eso se tradujo también en la designación, por parte del gobierno central, de presidentes de los cabildos, a fin de controlar la canalización de esos bienes a los frentes de batalla. La guerra significó, además, como es sabido, la pérdida del Alto Perú y la cesación de los flujos de plata al puerto. Ahora, la campaña tendría que vivir por sus propios recursos y, aunque el desenlace de esa evolución era, gracias a la libertad comercial, previsiblemente favorable, sus efectos en lo inmediato no se hicieron sentir con tanta claridad, ni de manera tan evidente. A todo esto deberíamos sumar la pérdida, por parte de la Villa, de su condición de avanzada contra el indio y su desplazamiento al sur del río Salado y de la línea de fortines, además de la supresión del Cabildo en 1821 que privó para siempre a Luján –luego de un breve interludio representado por la creación del Juzgado de Primera Instancia que sobrevivió hasta 1824– de gran parte de lo que había sido su jurisdicción originaria.³¹

Asistimos, entonces, a una etapa de desarticulación de muchos de los motivos que influyeron en la emergencia y consolidación de la Villa, lo cual repercutió negativamente en el desarrollo de la planta urbana. Eso, por lo menos, hasta encontrar nuevas estrategias de reemplazo, aunque carecemos de datos que nos permitan verificar la continuidad y ruptura de esas líneas de desarrollo hasta la década del treinta; a excepción, claro está, de la cuantificación hecha en 1817 por Samuel Haig quien estimara en 800 los moradores de la Villa. Y no sabemos a ciencia cierta, aunque lo sospechamos, en qué medida esa percepción negativa de la época, que igual resulta difícil corregir al faltar referencias, estaba teñida por los prejuicios ideológicos de la intelectualidad finisecular en combate, por la definición laica o católica de la sociedad, cuando no muchos

dudaban en catalogar como perniciosa a la Revolución de Mayo. En cambio, para 1836 sabemos que el poblado contaba con 944 habitantes repartidos en 121 casas. Su estructura demográfica tenía características similares a la colonia. Predominaba la población blanca, había 157 negros o pardos (remanente de la población esclava) y muy pocos extranjeros (tan sólo 9 en la ciudad).³² Continuidad observable también, por otra parte, en la composición social de la campaña y en un modelo de desarrollo económico que no logró ser quebrado, de inmediato, pese a las nuevas circunstancias.

Como podemos ver, la etapa de mayor crecimiento aparente se había registrado cuando culminaba la colonia. Esa línea ascendente parecería sólo recomponerse a fines de la década de 1840, y a ello no es ajena la afirmación de la economía ganadera en el distrito y el "boom" del lanar. En efecto, Luján devino entonces en uno de los principales distritos ovejeros de la región en función de la crecida demanda internacional de las lanas,³³ que encontró propicio su desarrollo conforme la estructura de propiedad y las condiciones de producción previas. Como sucediera otras veces, ese progreso del campo tuvo efectos de arrastre sobre la ciudad. La población urbana del partido creció a 2.644 personas en 1854, cerca del triple de los que habitaban la Villa en 1836, y a cifras aún mayores en 1857. El número de viviendas aumentó considerablemente, si bien sólo tenemos cifras para todo el partido. La mayoría era de paja, algunas de azotea y muy pocas de tejas o de altos. Es presumible, entonces, una cierta extensión del poblado, acercándose a los lindes de lo que sería hoy el "centro histórico". Había, en 1854, 19 tiendas y 72 almacenes y pulperías, además de una nada desdeñable cantidad de carpinterías, herrerías, albañiles, sastrerías, zapaterías y otros oficios artesanales. Es que la reconversión productiva requería para su continuidad, para la provisión de insumos y de los productos destinados al mercado interno, de nuevas redes de comercialización. Asociado con esto, crece además el número de extranjeros que representarán, tres años después, más del treinta por ciento de la población urbana. La mayoría son españoles, ligados al comercio mayorista e intermediario, pero también hubo franceses e italianos, dedicados a tareas artesanales y al comercio minorista, así como irlandeses que son el corazón mismo del viraje del campo hacia el ovino. Con ellos se soluciona el problema de la falta de mano de obra para las faenas rurales y, particularmente en la Villa, se genera una nueva estructura de consumo que deberá de alguna manera ser satisfecha en adelante.

Claro que toda esa complejidad creciente tuvo su costo en términos de eficiente administración de los recursos y derivó en la continuidad del proceso de disgregación territorial de la que fuera víctima la antigua jurisdicción del cabildo lujanense. Proceso que, por otra parte, sólo habría de culminar en 1878 cuando, con la creación de General Rodríguez, el partido fue definitivamente confinado dentro de los límites que hoy ocupa. Asistimos también, en esta época, a la modernización del aparato político. La institución hegemónica de la etapa rosista, el Juez de Paz, deberá desde entonces compartir el gobierno con una Comisión Municipal que preside desde 1854. Sin embargo, la democratización plena

del sistema sólo se alcanzará en 1886, cuando emerge la figura del intendente, que hace posible una división de poderes hasta entonces ausente en ámbitos municipales de la provincia de Buenos Aires.³⁴ Completa el cambio, en 1864, la llegada del ferrocarril que conecta al poblado, de manera más eficiente con el circuito exportador.

Todas esas mutaciones, sin embargo, trascendentales como se verá, están casi borradas de la memoria colectiva. Los lujanenses, como la mayoría de los argentinos, desconocen siquiera la existencia de una etapa ligada a la expansión del lanar (sin duda medular para los actores de la época), y mucho menos pueden evaluar la significación de todas esas transformaciones en la evolución de la ciudad. Se pasa así, sin transiciones, de una etapa luminosa representada por la colonia a la “modernidad”, no siempre bien juzgada, que trae consigo el fin del siglo XIX. Se exaltan las rupturas y se soslayan los aspectos de continuidad. La etapa que va desde 1820 a 1880 es vista como una etapa de oscuridad, una especie de edad media que por sus mismas características no es digna de atención; de ese modo, pierde la perspectiva de todo lo que la historia tiene de continuo, radicalizando las posturas en torno de dos momentos, dos modelos posibles de sociedad, que aparecen de ese modo enfrentados.

De esta época data también el primer censo nacional. En la Villa residen, en 1869, 3.393 habitantes de los 10.256 pobladores del partido.³⁵ Su centro histórico, constituido por el núcleo primitivo de poblamiento desarrollado en las inmediaciones de la intersección entre el Camino Real y el río Luján, albergaba el santuario de Nuestra Señora de Luján, el edificio del cabildo (ahora sede del Juzgado de Paz) y la plaza Bel-grano, y extendía sus manzanas más pobladas entre el eje formado por estos emplazamientos y las calles Bartolomé Mitre, Italia y 25 de Mayo. Ese cuadrilátero estaba en-marcado, además, por un área de quintas que se dividía en dos sectores. Uno, del otro lado del río, en la banda enfrentada al centro histórico, constituido por quintas que se originaron en la subdivisión de las tierras de la antigua estancia del santuario de Luján.³⁶ El segundo sector se desarrollaba a partir de la calle Mariano Moreno hacia las vías del ferrocarril limitada por el camino a Buenos Aires (luego ruta 7) y la Avenida de los “Eucaliptus”; el conjunto formado por la Villa rodeada de quintas remataba en un espacio mayor consagrado a las estancias ganaderas de partición con cabezadas al río Luján según el modelo colonial.

El Luján de las grandes realizaciones y los debates por las representaciones a futuro de la ciudad

La presencia de la Villa como núcleo urbano preexistente y su posición en la ribera misma del río, herencia del patrón de ocupación territorial de los españoles, condicionaron que el paso del ferrocarril y el establecimiento de la estación Luján se efectuaran aproximadamente a dos kilómetros al este del eje monumental, dentro del sector de quintas que antes señaláramos. Resultaba, entonces, que el emplazamiento del medio

de transporte característico de la segunda mitad del siglo XIX era excéntrico respecto del núcleo en que se concentraban los comercios, las pequeñas unidades de elaboración de alimentos (panaderías, fábricas de embutidos, etc.), donde se localizaban las funciones administrativa, religiosa y educativa, y respecto de donde residía la mayor cantidad de la población del partido.³⁷ Ello determinó una tendencia de parte de las autoridades municipales para poner al servicio ferrocarrilero a disposición de los pobladores ya que, como el resto de los ferrocarriles pampeanos, el F. C. del Oeste de la provincia de Buenos Aires (hoy Sarmiento) se trazó como medio de extracción de la producción lanera de las áreas rurales hacia el puerto de Buenos Aires. El impacto de la instalación ferroviaria generó la intensificación en el uso de la Av. de los Eucaliptus (actual Avenida España) y el surgimiento de distintos proyectos de instalación de tranvías urbanos que unieran al pueblo con la estación.³⁸ Simultáneamente, se producía el fraccionamiento de las quintas ubicadas entre el centro histórico y las vías del ferrocarril, donde, salvo usos comerciales relacionados con el abastecimiento del mercado local y pequeños establecimientos artesano-industriales, se perfiló un barrio netamente residencial, uso que mantiene hasta el presente. Por otra parte, aun con la instalación del tranvía a caballo en 1887, el centro histórico mantuvo la exclusividad en el servicio de sus funciones tradicionales. Sin embargo, Luján tiene su mayor crecimiento demográfico a fines de siglo, cuando la superación de las epidemias de cólera (sufridas en las décadas del 60 y 70)³⁹ y la llegada de la inmigración europea, entre otras causas, hacen que de 3.451 habitantes que la Villa tenía en 1881⁴⁰ pase a contar con 5.236 en 1895,⁴¹ mientras su sector rural lo hace de 4.130 a 7.180 en ese mismo período.

De la población instalada en el medio rural, muchos se dedicaron a la cría de ganado y, sobre todo, a la agricultura, actividad incentivada en esta época por el desarrollo de las pasturas artificiales, lo que se pudo hacer gracias a la afluencia de mano de obra extranjera, en su mayoría italiana. Muchos inmigrantes de ese origen se afincaron también en la ciudad y, en particular, en el cuartel 5º, comenzando a dar fisonomía urbana al loteo de las quintas en la banda occidental del río. En cambio, los españoles, el segundo grupo migratorio en importancia, mostraron mayor disposición a la residencia urbana y se concentraron fuertemente en la actividad mercantil.⁴² Mientras, los franceses y otros grupos menores se repartían por igual en la ciudad y en el campo. También en torno de las estaciones de los distintos ferrocarriles que, hacia fines del siglo XIX, atravesaron los cuarteles rurales del partido, se originó una considerable tendencia al fraccionamiento especulativo de la tierra para la formación de pueblos y el establecimiento de chacras. Este proceso se observa muy claramente en el plano catastral de 1890 que junto con el censo nacional de 1895 conformaban dos fuertes testimonios de explicación de un modelo de la "Argentina agroexportadora" configurado en el espacio del partido de Luján.

La llegada de los ferrocarriles (F. C. al Oeste, el Pacífico, el Central Argentino y el Mitre) produjo en el partido de Luján la multiplicación del espacio urbano y la transformación

del espacio rural. Pero, a pesar del surgimiento de nuevas localidades, la Villa de Luján no dejó de ejercer sus funciones primitivas de centro religioso, cada vez más ligado a la actividad turística y comercial-devocional. En ello no tuvieron poco que ver las vías férreas, la del comercio mayorista y minorista para el abastecimiento de los pobladores de la Villa y del campo, la elaboración artesanal de alimentos e indumentaria, las funciones de gobierno, de educación, las financieras y las de comunicaciones telegráficas y telefónicas. Las localidades de Carlos Keen, Torres, Open Door y Cortínez, en realidad, situadas en la otra banda del río Luján, tuvieron un perfil más cercano al de los pueblos de áreas agrícola-ganaderas con radicación de funciones urbanas en germen (almacén de ramos generales, escuela de primeras letras, pequeñas industrias de elaboración agrícola) y fuerte impacto de la inmigración; mientras, Olivera, Jáuregui y San Eladio, al sur, tuvieron la forma de pueblos menos desarrollados propios de una zona de estancias productoras de carnes bovinas. Pero, ni unos ni otros, en realidad, fueron alternativas ciertas a la atracción que ejercía la Villa de Luján con su concentración de funciones.⁴³

Este proceso que venimos describiendo se acentuó a fines del siglo XIX, cuando se ejecutó el proyecto de erección de la Basílica Nacional en el emplazamiento del antiguo templo de Lezica, que dio a la función religiosa de Luján alcance nacional e internacional. La gestión del emplazamiento de la Basílica en el centro histórico y el reconocimiento que le fue dado por la jerarquía eclesiástica hablan de la aspiración de inserción de Luján en esferas que superaban holgadamente el área de su entorno. El P. Jorge María Salvaire, generador del proyecto, consiguió todo lo necesario para la construcción. Además de la piedra, traída por vía fluvial de Entre Ríos, hizo construir hornos de ladrillo y encargó los planos a Ulrico Courtois. Y, con la coronación de la Virgen y puesta la piedra angular en 1887, inició un proyecto que sella el perfil funcional del centro histórico de Luján –luego reforzado por las transformaciones urbanísticas operadas en la cuarta década del siglo XX–; en un proceso, sin embargo, eso exento de fuertes tensiones, hacia el interior de la iglesia y hacia el resto de la sociedad lujanense, por el emplazamiento del proyectado santuario. Pues mientras que algunos sectores –entre los que se encontraba el antecesor de Salvaire, el P. Emilio George–, con el apoyo de grupos mercantiles urbanos, sostenían la necesidad de establecerlo en la actual plaza Colón (hoy sede del poder político municipal), atentos al desplazamiento de la Villa hacia el este y al problema de las inundaciones, los planes del nuevo párroco, por el contrario, eran muy otros. Según monseñor Presas, George defendía, como cura de la feligresía, el concepto de la “Iglesia Parroquial”. En cambio, el proyecto de Salvaire, finalmente concretado, aspiraba a un gran templo de estilo gótico-ojival (por oposición al más conservador romano-bizantino propuesto por su predecesor) que se constituiría además en un centro de religiosidad con proyecciones internacionales.⁴⁴ Cimenta su obra, por otra parte, con una propuesta cultural integral y de gran envergadura, que incluye la publicación de su Historia de Nuestra Señora de Luján en 1885 y la aparición de la revista La Perla del Plata, que van a presentar a Luján como un polo de religiosidad

mariana enraizado en el pasado colonial. Además, iniciadas las obras de la Basílica, el debate tendría continuidad después; ahora se centraliza, aunque con distinto resultado, en la polémica promovida con motivo de la declaratoria de Luján como ciudad en 1893 lo que, si por un lado significaba un explícito reconocimiento del grado de desarrollo alcanzado, eso no impidió que Salvaire defendiera hasta las últimas consecuencias la tradición colonial de la Villa.⁴⁵ Resulta obvio, sin embargo, que si las discusiones alcanzaron semejante tenor fue porque lo que estaba aquí en juego era mucho más de lo que aparece a primera vista.

En efecto, lo que la reconstrucción intensiva de la contienda revela es hasta qué punto el conflicto reproduce a escala un debate que, en realidad, se estaba dirimiendo en otros ámbitos. Inscrito en el marco de las luchas entre laicos y católicos de principios de la década del ochenta, el proyecto de construcción de la Basílica adquiere otro sentido, ya que ésta viene a representar la materialización de un ideario que quería ver en ella la expresión física de una emergente Iglesia Nacional, opuesta al avance del liberalismo. Pero que, además, sería el cimiento esencial sobre el cual levantar un nuevo concepto de nacionalidad que, enfrentado al estado laico triunfante, recupere los valores de la cristiandad que habían presidido nuestro origen como país, hundiendo sus raíces en la colonia. De ahí su devoción por esa etapa de nuestra historia. Y de ahí también que retome las viejas crónicas del Milagro, que en su voz adquiere nuevos significados, por completo ausentes, en sus modestas predecesoras. Esta operación no pasó desapercibida a Salvaire quien, hombre de su tiempo al fin, pretendió justificar su trabajo de una forma que, coherente con su estilo, se jacta de presentarles a los enemigos de la fe un documento irrefutable sobre la veracidad de los sucesos a los que alude. Ello no le impide ubicar en el terreno de las leyendas a la milagrosa detención de la carreta en la zona que transportaba, en 1630, a la imagen de la Virgen, pero no como algo falso, una ficción o una construcción imaginaria –como lo verían los escépticos– sino en el estricto sentido que demarca su etimología, esto es, como una de esas narraciones que, por su elevado contenido moral, son capaces de transmitir lecciones que regulan y dan sentido a la vida. Pero que, tanto manifestación evidente de una voluntad divina que se expresa en la soledad de las pampas, es el elemento fundacional no sólo del culto mariano en la región, sino también de los orígenes mismos de nuestra sociabilidad que por ella nace allí donde antes nada había. Nada más justo, entonces, que sea Luján, escenario privilegiado por Dios, el lugar donde se levante la Basílica. Obsta decir, también, que si las alegorías simbólicas abundan detrás de la justificación de su empresa (que no es sólo suya sino que cuenta con el apoyo decidido del Arzobispo Aneiros, de la más alta jerarquía eclesíástica del país y de las más relevantes figuras de los círculos políticos e intelectuales católicos como José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Miguel Navarro Viola, Domingo Fernández y Santiago de Estrada), ese elemento no podrá faltar en su elección acerca de la envergadura y estilo del templo. Por eso descartó el romano-bizantino vigente, pesado, sin arte, “...sin lenguaje simbólico...”, y optó, en cambio, por una gran

santuario ojival "...tan lleno de encantos y de belleza viril, y tan maravillosamente apropiado para el sentimiento cristiano a las impresiones que los edificios deben originar en las almas..."; fin al que contribuyen también su forma piramidal, sus dimensiones, sus naves y sus "...graciosas y aflagranadas agujas..." que parecen "...el homenaje universal de la plegaria, del amor y de la fe victoriosa...". Para él era evidente que el templo, como las mismas Escrituras, debía ser un libro abierto en donde aun "...los más ignorantes y rústicos, puedan a toda hora leer, entender y admirar, al paso de las graves y patrióticas lecciones del pasado, los más sublimes misterios de Nuestra Sagrada Religión". Ello lo ratifica en las palabras finales que cierran su libro *Lapides Clamabunt* (Las piedras hablarán) y en la explicación última de esa curiosa con-junción, arquitectónicamente incomprensible, que es Luján hoy, en donde se mezclan construcciones neogóticas, coloniales y neocoloniales, pero que adquiere su pleno significado a la luz de los objetivos del "simbolismo místico y patriótico" que Salvaire perseguía.

El siglo XX comienza, entonces, con un clima de una menguada agitación, producto de ese debate que años atrás enfrentó a los representantes de las tradiciones ancestrales (que de todas maneras se trata de tradiciones reinventadas y resignificadas en ese contexto) y los partidarios de un "progreso" que se manifestaba patentemente en el gran crecimiento edilicio y en el acelerado proceso de ocupación territorial que tuvo lugar en el área del centro histórico y que, podemos comprobar, tuvo su correlato en materia poblacional. Es más, ya para 1914 Luján tenía 10.240 pobladores urbanos, 9.428 en la ciudad y 10.573 rurales, cifras que demuestran el crecimiento operado en el período.⁴⁶ Esta es la época, también, cuando las calles céntricas son pavimentadas y se hace la instalación de la luz eléctrica en 1901. La ciudad continúa su crecimiento hacia el este, conformando un área residencial que avanza hacia el Boulevard Humberto Iº y hacia las quintas. La sede del gobierno se traslada en 1905 del cabildo a la plaza Colón, con lo que la función de gobierno abandona su localización colonial, junto al santuario, para situarse en el Luján más "lugareño", por oposición al área tradicionalmente frecuentada por devotos y turistas. Para las primeras décadas de este siglo, se consolida como eje turístico-religioso con el desarrollo de los paseos y recreos ribereños y del Complejo Museográfico Enrique Udaondo. Obras que se completaron luego con la apertura de la Avenida Nuestra Señora de Luján, de acuerdo con el plan de urbanización de 1937, dispuesto por la ley 4539, en torno de la cual se radicaron los hoteles, hospedajes y puestos de venta de artículos religiosos.

Las grandes intervenciones de la década del treinta confririeron a las áreas centrales de la ciudad el perfil urbano que aún hoy conservan. Las obras de la ribera comprendían la construcción de un dique, un balneario, estacionamiento y un paseo peatonal que unía un complejo de edificios destinados a baños públicos, locales comerciales, juegos, restaurantes y confiterías. El conjunto edilicio cuidaba la continuidad formal con su entorno y estaba resuelto en estilo neocolonial. La apertura de la avenida procesional (cuya inauguración estaba planeada para la realización del Congreso Eucarístico

Nacional de 1937) y la construcción de las recovas neocoloniales, que supuso la expropiación y posterior demolición de uno de los barrios más antiguos de la ciudad al norte de la plaza, se concretan igual en pocos días. La intención de recuperar un entorno, cuya reproducción remite al contexto de origen de la ciudad, es evidente en toda esta operación que a su modo se permite “reinventar” una tradición colonial a la que ella misma se encargaba de abolir derribando los edificios más antiguos.

Pero no es sólo el eje turístico-basilical lo que adelanta a principios de siglo. El “otro Luján”, más ligado a las oscilaciones del ciclo económico y social argentino, también crece. Ya hemos mencionado la importancia de la inmigración, en particular la italiana, en el desenvolvimiento demográfico del partido, aunque su influencia de ningún modo se limita a este aspecto. Mientras las recreaciones neocoloniales menudean a orillas del río, la batida contra “el perimido estilo colonial” es general en el resto de la ciudad. Allí, en cambio, proliferan las casas chorizo con fachadas eclécticas o de inspiración italiana. El eje comercial, tradicionalmente destinado al comercio mayorista y minorista, siguió siendo la calle San Martín en el tramo entre ambas plazas. La calle Mitre fue elegida para el emplazamiento de pequeños talleres de reparación de carruajes, carpinterías y materiales para la construcción, pero sin perder de vista su función comercial, ya que era la vía de salida del centro antiguo por detrás de la Basílica. El perfil de la calle San Martín, además, adquiere connotaciones de paseo social “lugareño”. Allí se localizan los locales de vestimenta, las librerías, los bares y confiterías, en síntesis, el comercio de consumo final y los servicios dirigidos al esparcimiento. La calle Mitre, en cambio, es poseedora de un perfil más cercano al de la producción, reparación y comercialización de bienes de uso: maquinarias agrícolas, carruajes y luego automotores.

Paralelamente, mientras esto sucedía, algunas zonas de la periferia iban siendo incorporadas al entramado urbano de la ciudad. La función sanitaria fue tradicionalmente atendida por médicos, boticarios, enfermeros y “curanderos”, quienes ejercían su profesión en forma particular, hasta que, a fines del siglo XIX, se funda el hospital Nuestra Señora de Luján en plena zona de quintas, 1.800 metros al este del eje monumental, aunque sobre la calle San Martín para garantizar su accesibilidad. La función educativa, otrora localizada en el centro, comienza también a desplazarse con la fundación de nuevos establecimientos, como la Escuela Normal Florentino Ameghino, la Escuela Nacional de Educación Técnica Eduardo Oliver y la Nacional Adelina de Bértola en las cercanías de la Avenida España –ex Avenida de los Eucaliptus– que conecta el casco con la estación y linda con las zonas ganadas a la urbanización. Los servicios de alumbrado y asfalto no sólo se extienden a esas zonas sino también al barrio Santa Elena, en el área de quintas al otro lado del río. Sin embargo, su incorporación funcional no necesariamente implica su integración social pues (poblada por un nutrido grupo de inmigrantes italo-albaneses de la provincia de Cosenza, en el sur de Italia, emigrados mediante mecanismos de cadena), los habitantes del barrio reproducen en él sus hábitos, relaciones sociales, formas de vida y hasta su idioma original albanés,

man-teniéndolo como un espacio de sociabilidad segregado, por lo menos hasta que el avance de la urbanización corte su aislamiento.⁴⁷

Esa escisión entre las dos ciudades, que se venía perfilando hace mucho tiempo y que ahora adquiere las características de una abierta ruptura, no es ciertamente percibida y sólo se hace explícita en la prensa en momentos de máxima tensión, como cuando se proyecta la construcción de la Basílica o se confiere a Luján el título de ciudad. Mientras los hechos se empeñaban en demostrar la existencia de dos escenas contrastantes, las variadas construcciones que se iban produciendo en la esfera cultural para nada homologaban esas percepciones y confluían en una imagen cristalizada que resaltaba, sobre todo, los aspectos originales de la ciudad relacionados con su función religiosa. La penetración de ese discurso en la escuela y en el sistema educativo, en los espacios públicos y privados, es algo que deberá ser ciertamente examinado con mayor detenimiento. Aunque, a juzgar por sus resultados, debiera admitirse su pleno éxito en tanto patrón de definición cultural habitualmente usado casi por todos. El "otro Luján", el más mundano, el ligado a los vaivenes de todos los días, pareció entonces quedar relegado. Pero eso, en realidad, era sólo apariencia, pues gozaba de la suficiente salud como para seguir reflejando los cambios que se iban operando en el país, como podría verse en los años siguientes.

Del centro a los barrios: la especialización de funciones

Hasta comienzos del siglo XX el partido de Luján se comporta, demográficamente, como un área de atracción relativa de población, hecho que se explica por su pertenencia a la zona de la provincia que recibió inmigrantes en forma masiva como parte del proceso de transformaciones del espacio pampeano a partir de la organización nacional.⁴⁸ Los registros de población hasta 1914 muestran todavía un predominio de la población rural sobre la urbana pero, a partir de la Primera Guerra Mundial y hasta la segunda posguerra, se producen cambios en las condiciones locales e internacionales que enmarcan el proceso y que hacen que, a nivel país, se debilite el ingreso de inmigrantes, limitándose el aumento de población al crecimiento vegetativo y, eventualmente, a las migraciones internas. En el partido de Luján, el censo de 1947 muestra, por primera vez, que el número de pobladores urbanos (19.176) supera, aunque levemente, al de sus pares establecidos en el campo (19.007).⁴⁹ Lo que habla, por lo demás, de una reorientación de los habitantes en el sentido de concentrarse en los centros urbanos.

Esta tendencia hacia la aceleración del proceso de urbanización y concentración demográfica se sostiene, entre otras cosas, debido al crecimiento de las actividades económicas secundarias radicadas, especialmente, en la ciudad. Así lo demuestra, por ejemplo, el alto porcentaje (47%) del valor agregado que el sector industrial aporta a la producción del distrito en la década comprendida entre 1960 y 1970.⁵⁰ Esta actividad es la que más contribuye a la conformación del PBI, por encima del turismo, y permite

caracterizar al medio como un partido de nítido perfil agroindustrial. A este desarrollo contribuyeron, además, la proximidad de otros centros de consumo, fundamentalmente localizados en el conurbano bonaerense, y las mejoras en los medios de comunicación y transporte. A las fábricas de mayor gravitación radicadas en el partido desde la década del veinte (las textiles) se sumaron después las metalúrgicas livianas dedicadas a la fabricación de herramientas, maquinarias industriales y repuestos agrícolas. Esos nuevos establecimientos, en realidad, se localizaron sobre los márgenes del "centro histórico", a la vera de las nuevas rutas nacionales, lo que confirma su orientación hacia mercados externos al partido. Las nuevas vías de circulación refuerzan "físicamente" la configuración espacial de los límites del centro, que ahora se tornan más nítidos; a la vez, la apertura de la Av. Nuestra Señora de Luján y la construcción de las recovas, a fines de los años treinta, sellan el perfil turístico-devocional del área de la Basílica.

En torno de la actividad industrial y de la consolidación de los medios de transporte carreteros, de pasajeros y de cargas, se produce el crecimiento de la periferia de la ciudad de Luján y de las otras localidades del partido. La población urbana, definida como aquella que reside en localidades de 2.000 habitantes y más, pasa de 34.788 pobladores en 1960 (el 67,9% de los que vive en el distrito) a 51.360 en 1970 (el 86,5%).⁵¹ Este proceso de redistribución de la población tendiente a la concentración urbana, en desmedro de la población del campo, alcanza su mayor gravitación en 1970.⁵² El período 1970-1980 muestra un ritmo de crecimiento más tranquilo en la población urbana que llega a 61.433 habitantes, y una leve disminución también en el número de pobladores rurales, primera en la secuencia demográfica local, que de 7.549 en 1970 pasa a 7.256 en 1980.⁵³ Es así que, además de los barrios tradicionales de Santa Elena, la Estación y el Hospital, fueron configurándose otros, como San Cayetano, Constantini, El Ceibo, La Palomita, La Loma, San Jorge, Juan XXIII, San Bernardo, El Mirador, Luchetti o Ameghino, Zapiola, Lanusse, El Milagro y muchos más. En la mayoría de los casos se trata de barrios de emplazamiento periférico respecto del "centro histórico" ubicados más allá de las rutas, lo que plantea problemas en cuanto a su integración física y a la extensión de los servicios básicos. La interacción de estos barrios, así como la de las localidades y paradores del partido (Jáuregui, Olivera, Carlos Keen, Cortínez, Torres, Open Door, Sucre y San Eladio) con el centro histórico de la ciudad de Luján, sigue manteniendo una fuerte tendencia centrípeta en el núcleo, que podríamos reconocer entre las calles Dr. Muñiz, Gral. Paz, Almirante Brown y el río Luján, en el que se concentra el grueso de las funciones socio-culturales.

La proliferación de empresas de transporte (colectivos y remises) en los últimos años testimonia el movimiento continuo de traslado de pobladores de los barrios al centro histórico y su entorno, en busca de satisfacción de necesidades de consumo, bienes y servicios, ya que la administración pública, la atención sanitaria con algún grado de sofisticación, la actividad financiera, de comunicaciones, el comercio mayorista y minorista, excepto el de alimentos o pequeños establecimientos tipo kioscos, se encuentran

localizados todavía en el centro histórico y sus inmediaciones. Paralelo a este proceso, por otra parte, con un alcance mayor en cuanto a la relación del centro histórico con otras áreas geográficas, se sigue desarrollando el fenómeno devocional y turístico que tiene como eje a la Basílica Nacional y al cabildo, sede del Complejo Museo-gráfico Enrique Udaondo, y a las instalaciones recreativas construidas y mantenidas en su entorno. Las percepciones sociales dominantes, sin embargo, más que señalar esa bipolaridad constante, que a todas luces se revela en el proceso de deconstrucción histórica, soslayan la segregación entre esos múltiples espacios (quizás hoy más patente que nunca al amparo de la emergencia de los barrios), cuya significación no debiera omitirse so pena de condenar al olvido partes enteras de nuestra historia.

Consideraciones finales

Segregación funcional, unidad conceptual. Como balance de nuestro recorrido creemos haber señalado algunos de los factores que explican el desarrollo de esta paradoja aplicada al estudio, en este caso, del proceso de urbanización que tuvo por escenario, en la provincia de Buenos Aires, a la ciudad de Luján. Habría que agregar, también, que fueron esos elementos los que, en interacción constante, irían remodelando los atributos que definieron el perfil futuro de la urbe, haciéndola funcional para responder a los desafíos que se le fueron planteando en cada coyuntura hasta la actualidad. No puede, entonces, menos que extrañar la enorme distancia que separa la recepción de las diferentes formas de representación (que se pueden reconstruir empíricamente y que han ido vertebrando su historia como ciudad), respecto de aquellas que han quedado grabadas como un sello de identidad en el imaginario colectivo. Resulta inevitable pensar que el presente es una consecuencia relativa del pasado, es decir, que las transformaciones y las pervivencias no son meros cambios conceptuales –o de sus contenidos eventuales– que se mueven al vaivén de los intercambios producidos en el debate teórico, sino que están de alguna manera conectados con los acontecimientos, sensación que se convierte en seguridad plena cuando se trata del común de la gente, aunque no sea ésta la razón excluyente que explicaría el arraigo de algunas de esas percepciones en detrimento de otras. En este contexto, el peso, como opción identitaria de una tradición religiosa tres veces centenaria, haría innecesaria cualquier explicación. En definitiva, como a menudo se repite, si hubiera que buscar un rasgo, un símbolo, un aspecto singular que resuma y haga reconocible la imagen de la ciudad hacia fuera, éste debería recaer, como de hecho lo hace, en su identificación como centro religioso, “Capital de la Fe” como se autodenomina, rasgo ahora reforzado por su recategorización como Arquidiócesis dependiente del Vaticano desde 1997 (convirtiéndose en una de las cuatro sedes del mundo, junto a Barcelona, Marsella y Winnipeg, poseedoras de ese privilegio). Asimismo, no puede dejar de apuntarse que se trata, en este caso, de una tradición recreada, resignificada en sus alcances y en su forma de relacionarse con su

entorno a partir de la monumental obra del P. Salvaire, quien dotó a antiguos relatos de significados que antes de fines del siglo XIX no tenían, cuando lo que estaba en juego era la definición católica o laica de la sociedad argentina.

La recuperación de la tradición colonial y religiosa, por otra parte producida en un marco donde no dejaban de manifestarse las primeras reacciones contra los efectos no deseados de la modernización, estuvo constantemente acompañada por toda línea de acción cultural que tuvo permanencia en el tiempo y se recreó en la obra, no sólo de los autores religiosos sino también de los literatos, de la prensa local, de los cronistas, di-vulgadores e historiadores locales y, últimamente, hasta de los modernos medios de comunicación, que de distintos modos procedieron a legitimarla, reactualizando ese consenso. Finalmente, no puede dejar de considerarse, y esto es para nosotros también fundamental, la naturaleza constituyente de las miradas externas, las de “los otros”, que pueden haber actuado en el mismo sentido al percibir a Luján de una determinada manera y al negarse a hacerlo de otro modo.

Comparados con esta situación, en cambio, los demás puntos de clivaje que actuaron como bisagras entre las distintas etapas de la historia del “otro Luján”, o los “otros lujanes” más mundanos⁵⁴ –el de la frontera, el de los indios, el de las migraciones tempranas, el de las ovejas, el de las migraciones masivas, el Luján de las grandes realizaciones económicas, sociales y culturales, el de los pueblos agrícolas y el de la cuenca lechera, así como el industrial del siglo XX y no tanto el que operó como nudo de caminos–, han quedado prácticamente relegados, cuando no condenados al olvido, por aquello quizás de que la memoria es selectiva. Claro que se trata, en este caso, no de una memoria individual sino colectiva (si es que se puede decir que esto existe), y que por lo tanto ha sido elaborada, depurada y reorientada por personas en función de objetivos. Pero como esos propósitos nunca pueden ser los mismos –pues cada época los tiene suyos específicos–, sería necesario redefinir en función de ellos las relaciones que en cada caso se dan entre los relatos, aunque parezca ser siempre el mismo, y quienes los reinscribieron, según los problemas que debieron afrontar en cada circunstancia. Esto significaría restituirles su historicidad, lo mismo que a los edificios, los espacios públicos y los lugares que la gente, facilitando la comprensión de las cosas como procesos y lejos de quitarle atractivo, les agregaría sentido. En cuanto al “otro Luján”, su recuperación sería un extraordinario recurso pedagógico, no sólo para definir más claramente la dinámica de los cambios internos, sino para estudiar las más generales transformaciones que se producen en la Argentina, pues sus mutaciones casi siempre reflejan o se dan en función de las variaciones de todo tipo producidas del partido hacia afuera. Resulta curioso que, cuando hoy día la humanidad cuenta con un enorme potencial de medios para la enseñanza, hayamos renunciado a aquéllos que nos son más directamente accesibles y que nos servirían para impulsar un tipo de enseñanza motivadora e investigativa, que ha de permitirle a los alumnos inferir, indagar, buscar, consultar, confrontar visiones, preguntar, repreguntar y reflexionar sobre lo que se les ha enseñado. Ello contribuiría al

desarrollo de sus propias ideas, de un posicionamiento crítico y de esa clase de sentido común que hoy tanta falta nos hace y que debería hacerse extensivo a toda la sociedad, no sólo a la escuela. Pero quizá la escuela sea un buen lugar donde comenzar con este tipo de proceso de toma de conciencia. Pero eso depende de los mayores y no tanto de los jóvenes, sobre los que no pesan inhibiciones como las que llevamos sobre nuestras espaldas; tal vez no les resulte difícil aprender, tan pronto seamos capaces de sacarnos la mochila de nuestros prejuicios y de reexaminarlos a la luz del día, construyendo un concepto de sociedad y cultura que, lejos de limitarlos al papel de receptores pasivos, también los incluya a ellos.

Notas

¹ Marc Bloch: *L'Histoire ou Métier d'historien* (traducción castellana, Introducción a la Historia, México, 1952).

² Joaquín Corbalán: "La historia en la enseñanza secundaria: ¿hacemos historia?" en Carlos Barros (ed.): *Historia a Debate*, Tomo II, nuevos paradigmas, A Coruña, 2000, p. 141.

³ Clifford Geertz: *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*, Barcelona, 1996, p. 165.

⁴ Robert Darton: *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia cultural francesa*, México, 1987, Introducción, p. 12.

⁵ C. Geertz: "El sentido común como sistema cultural" en *Conocimiento Local. Ensayos sobre la Interpretación de las Culturas*, Barcelona, 1994.

⁶ Para más detalles Cfr. C. Geertz: "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", en *La Interpretación...*, op. cit., pp. 9-40.

⁷ Quizá uno de los principales y más lúcidos propiciarios de este tipo de analogías ha sido Víctor Turner (*La selva de los símbolos*, Madrid, 1994); aunque entre los muchos sostenedores de su pertinencia podríamos mencionar desde Emile Durkheim (*Las formas elementales de la vida religiosa*, Bs. As., 1968) pasando por Michel Foucault (*Vigilar y castigar*, Bs. As., 1989) hasta, entre los historiadores, E.P. Thompson (*Historia Social y Antropología*, México, 1997). Los mismos subrayaron, sobre todo, la naturaleza simbólica y teatral de las escenas que, como mecanismos de disciplinamiento y control, se pusieron en juego a lo largo de toda la historia, de las que pueden dar ejemplo, las procesiones y rituales religiosos, los juicios y ejecuciones en lugares públicos, la exposición prolongada de cadáveres después de esas mismas ejecuciones y la disposición panóptica de las cárceles, entre muchas otras cosas; además de su condición evidente de actos de despliegue de poder, estaban destinadas a inspirar en sus observadores sentimientos de respeto por la autoridad, piedad, miedo o terror como forma de asegurarse su obediencia y sujeción a un

cierto orden de cosas.

⁸ Uno de los mejores ejemplos probablemente, de esta teoría y modalidad expositiva, pueda encontrarse en la obra de Erving Goffman: *Encounters: two Studies in Sociology of Interaction*, Indianápolis, 1961.

⁹ Pocos santuarios latinoamericanos superan estas cifras, que son de mínima en relación con mediciones recientes efectuadas por la Municipalidad a juzgar por lo afirmado en publicaciones especializadas. En realidad, los ejemplos conocidos son dos: el de Nuestra Señora de Guadalupe, en México, y Nuestra Señora de Aparecida, en el Estado de San Pablo, en Brasil. Horacio Burbridge, *Turismo religioso y santuarios*, Buenos Aires, 1992.

¹⁰ Tomado casi textualmente del artículo de la autoría de Margarita Gutman: "Luján. Los peligros de un mirar distraído" en *La Nación*, Sección 5, Arquitectura, pág. 6, miércoles 6 de mayo de 1996.

¹¹ La teoría de los dos lujanes se encuentra expuesta en Giorgio Piccinato (a cura di, *Alla Ricerca del centro storico. Il caso de Luján*, Milán, 1996) incluye colaboraciones de Giorgio Piccinato, Jorge Enrique Hardoy, Margarita Gutman, Horacio Caride, Mónica Fernández y Dedier Norberto Marquiegui. Un cierto marco referencial para el análisis de esa dicotomía lo podría brindar la distinción entre "ciudad ideológica" y "ciudad real" establecida por José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Bs. As., 1986.

¹² Este concepto de "invención" ha sido desarrollado y sistemáticamente aplicado a diversos campos de la historia y de los estudios sociales. Para algunos ejemplos de aplicación de ese concepto cfr. Erick Hobsbawn y Terence Ranger: *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1988; R. Wagner: *The invention of culture*, Chicago, 1980; Michel de Certeau: *L'Invention du quotidien. I*, Arts de Faire, París, 1980; E. Hobsbawn: *Nations and nationalism since 1780*, Cambridge, 1990. Werner Sollors: *Beyond ethnicity. Consent and descend in american culture*, Oxford; del mismo autor (comp): *The Invention of Ethnicity*, New York, 1989; Kathleen Neil Konzen, David Gerber, Ewa Morawska, George Pozzetta y Rudolph Vecoli: "The Invention of Ethnicity: una lettura americana", en *Altreitalia*, 3, abril de 1990, así como por Henrique Urbano: "La tradición andina o el recuerdo del futuro", en su obra, *Tradición y Modernidad en los Andes*, Cuzco, 1992, y Benedict Anderson: *Imagined Communities*, Londres, 1983.

¹³ Una perspectiva similar, desde la historia cultural, ha sido ensayada por Roger Chartier (*El mundo como representación. Historia cultura*, Barcelona, 1996). Otras referencias posibles, aunque desde una óptica enteramente distinta y con menos énfasis en las representaciones socia-

les de las escenas culturales, y más sobre los símbolos y las posibilidades de leer a la realidad como “texto”, podrían ser aquellas que provienen de la antropología interpretativa y posmoderna o aquellas otras referidas al valor de tradición, y del “circulo hermenéutico”, en Gadamer. En particular, como hemos visto, merece destacarse la obra de C. Geertz, de fuerte impacto, sobre los más destacados representantes de antropología simbólica y también por el influjo ejercido, desde la Escuela de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, sobre toda una generación de historiadores entre los que se destaca, en particular, no sólo Robert Darnton sino otros como Daves, Schorske y Gilbert (Lawrence Stone: “The Revival of Narrative. Reflections on a New Old History” en *Past & Present*, 85, 1979, pp. 3-24). Otro ejemplo de aplicación, esta vez encarado desde la antropología, y que propone un tipo de acercamiento parecido al nuestro, aunque por contraste demasiado tendiente a asimilar unilateralmente a la arquitectura y los monumentos históricos como “textos”, en Ruth Behar: *Santa María del Monte: the Presence of the Past in a Spanish Village*, Princeton (New Jersey), 1989. Sobre otras propuestas de la antropología posmoderna véase de C. Geertz, James Clifford y otros: *El surgimiento de antropología posmoderna*, compilación y estudio preliminar de Carlos Reynoso, Barcelona, 1992. Sobre la hermenéutica gadameriana, en la que tiene su raíz probablemente la analogía del texto, cfr de Hans-Georg Gadamer: *Verdad y Método*, 2 vol, Salamanca, 1992. Para un ejemplo de utilización histórica de sus principios, en la así llamada historia conceptual de Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado*. Para una semántica de los tiempos históricos, Bs. As., 1979.

¹⁴En realidad, del conjunto de relatos que, aunque más no sea tangencialmente, tocan el tema del milagro, los más destacables sin dudas son las crónicas del mercedario Pedro Nolasco de Santa María, que data de 1737, y de Felipe José de Maqueda, cuya primera versión editada conocida es de 1812; ambas retoman el hilo de antiguas tradiciones orales devenidas aquí en texto, y que serán la base sobre la que se desplegó luego la labor del primer historiador de la Virgen Jorge María Salvaire. Su obra (*Historia de Nuestra Señora de Luján, su origen, su santuario, sus milagros, su culto*, 2 tomos, Bs. As., 1885), además de un jalón dentro de la historiografía católica argentina, supuso el hito sobre el que se refundó el culto de María de Luján, tal como lo conocemos hoy, vinculando ese hecho con el origen de la ciudad. Curiosamente, esa fecha fundacional ha sido aceptada, casi sin discusiones, por autores enrolados en las más diversas tradiciones intelectuales como Enrique Udaondo: *Reseña Histórica de la Villa de Luján*, Luján, 1939; Guillermina Sors de Tricerri: “Orige-

nes remotos de los pagos bonaerenses” en Ricardo Levene: Historia de la provincia de Buenos Aires y fundación de sus pueblos, La Plata, 1941, vol. 2 y Aquiles Ratzori: Historia de la ciudad argentina, Bs. As., 1945, además de María Sáenz Quesada: Panorama histórico de los pueblos bonaerenses y de Carlos Sempat Assadourian, Beato y José C. Chiaramonte: De la conquista a la independencia, Bs. As., 1985.

¹⁵ Al respecto, ver Juan Antonio Presas: Nuestra Señora de Luján. Estudio crítico-histórico, Bs. As., 1980, p. 169.

¹⁶ Zacarías Moutoukias: Contrabando y control colonial en el siglo XVII, Bs. As., 1988. Juan A. Presas, op. cit.

¹⁷ El testamento de Ana de Matos se encuentra en Archivo General de la Nación (AGN) IX-48-8-4, reproducido en J. A. Presas, op. cit., pp. 261-264. En él no aparece mención alguna al destino de la cuadra circular donada, alrededor de la capilla, como sitio elegido para el emplazamiento futuro de un pueblo. La única alusión en ese sentido es efectuada por Jorge María Salvaire quien reproduce, con fecha de 1687, una carta de Ana de Matos, hoy extraviada, en que manifiesta esa aspiración que, en rigor, no pudo hasta el momento ser probada de otra forma. J. M. Salvaire, op. cit., tomo I, p. 104.

¹⁸ Carlos Birocco, “Los indígenas tributarios de Buenos Aires entre 1700 y 1714” ponencia presentada en las I Jornadas de Historia, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján, 13 y 14 de noviembre de 1995; Jorge J. Cortabarría “Ana de Matos, ¿es la fundadora directa del Luján urbano?” en Presente, 8 de agosto de 1992. Del mismo autor “Los orígenes de Luján” (mimeo).

¹⁹ Facultad de Filosofía y Letras: Documentos para la historia argentina, tomo X, “Padrones de la ciudad y campaña de Buenos Aires”, Bs. As., 1955.

²⁰ Sobre el relanzamiento de la producción potosina, Enrique Tandeter: Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826, Bs. As., 1992. Acerca de la articulación de los circuitos interregionales y la economía atlántica a través de Buenos Aires, Z. Moutoukias, op. cit. Para una definición del rol de Luján en el camino real, Roberto Cortés Conde: “Aspectos económicos en la formación de las ciudades” en AA.VV.: De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero, México, 1982.

²¹ Al respecto, D. N. Marquiegui: Estancia y poder político en un partido de la campaña bonaerense (Luján, 1756-1821), Bs. As., 1990.

²² Sobre el comercio con los indios Juan Carlos Garavaglia: “Los textiles de la tierra en el contexto colonial rioplatense” en Anuarios IEHS, n° 1, 1986.

²³ Facultad de Filosofía y Letras, Documentos para la Historia Argentina, tomo X, “Padrones de la ciudad y campaña de Buenos Aires”, Bs. As., 1955,

pp. 649-654.

²⁴ Para un análisis de la composición social de la campaña en base al censo de 1744, José Luis Moreno "Población y sociedad en el Buenos Aires rural a mediados del siglo XVIII" en *Desarrollo Económico*, vol. 29, n° 114, 1989. Sobre la participación relativa de la agricultura y la ganadería en la composición del producto rural, Juan Carlos Garavaglia *Economía, sociedad y regiones*, Bs. As., 1987.

²⁵ Susan M. Socolow: *The Merchants of Buenos Aires (1778-1810)*, Cambridge, 1978 (hay versión castellana: *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, 1991).

²⁶ Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, Escribanía Mayor de Gobierno, leg. 3, n° 84.

²⁷ Esa información, originariamente incluida en su obra por Salvaire, fue luego reproducida por Martín Dorronzoro en, de ese autor, *Pago, villa y ciudad de Luján*, Bs. As., 1950.

²⁸ AGN. IX- 49-7-1, 49-7-2 y 49-7-3. Libros de Protocolos y Contratos Públicos de la Villa de Nuestra Señora de Luján.

²⁹ Tadeo Haenke: *Viaje por el Virreinato del Río de la Plata*, Bs. As., 1943. *Concolorcorvo: El lazarillo de ciegos caminantes*, Bs. As., 1946. El juicio de Azara en Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, Escribanía Mayor de Gobierno, leg. 3, n° 84, f. 122.

³⁰ Alexander Gillespie: *Buenos Aires y el interior*, Bs. As., 1921.

³¹ Suprimido ese régimen comienza a segregarse la jurisdicción a cargo del cabildo de Luján en unidades (partidos) muchas veces coincidentes con los partidos coloniales a cargo de los Alcaldes de Hermandad, a cuyo frente quedaron los Jueces de Paz. Sobre las funciones de los Juzgados de Paz y su posterior disgregación, Benito Díaz: *Juzgados de Paz de campaña de la provincia de Buenos Aires*, La Plata, 1959, pp. 52 a 56 y sgts.

³² J. Cortabarría: "La población del partido de la Villa de Luján en 1836" en *Presente*, 12 de diciembre de 1886.

³³ La sola consignación de algunas cifras dará idea del impacto que tuvo la expansión de la ganadería ovina en el partido. Para que nos hagamos una idea, el número de ovinos aumenta de 339.950 cabezas en 1857 a 1.247.800 en 1867, lo que representa más del 95 por ciento del stock ganadero del partido. En cambio, los vacunos se mantienen estables en unas 60.000 unidades, hasta los sesenta, para caer luego a menos de 20.000 cabezas entrada ya la década del setenta. Finalmente, la agricultura, otrora importante, ocupa en 1857 sólo el 3 por ciento de la superficie en explotación (Archivo del complejo Museográfico Enrique Udaondo, Juzgado de Paz, Censo de ciudadanos y sementeras de 1854. Registro

Estadístico de Buenos Aires, años 1857, 1863 y 1868). Y, por si hicieran falta más pruebas, todo el material cualitativo encontrado ratifica la condición de la ganadería ovina como factor esencial, sino excluyente, de la producción de riqueza (Archivo y Biblioteca Federico F. de Monjardín, Memorias de Carmelo Yángüez, Luján, 1944; Estancia San José, Autobiografía de Domingo Fernández Bestchedt, Luján, 1952. Sobre las condiciones macroeconómicas que hicieron posible el “boom” del lanar véase de Hilda Sabato Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890, Bs. As., 1988.

³⁴ Para un seguimiento de la evolución del régimen municipal, Dirección de Información Parlamentaria del Honorable Senado de Buenos Aires Régimen Municipal. Antecedentes históricos y legislativos, 1854-1951, La Plata, 1986.

³⁵ República Argentina, Primer Censo de la República Argentina. 1869. Bs. As., 1872, p. 91.

³⁶ Ministerio de Obras y Servicios Públicos de la provincia de Buenos Aires, Dirección de Geodesia, Luján: ciudad y alrededores (1864). Mensura nº 62 del partido de Luján. Mensura nº 67 del partido de Luján. Chacras, quintas y sobrantes de la Antigua Estancia de la Virgen de Luján, 1865.

³⁷ M. Fernández El proceso de industrialización en la pampa húmeda: el caso del partido de Luján, 1850-1930, Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Luján, 1990.

³⁸ Archivo del Complejo Museográfico Enrique Udaondo, Municipalidad, 30/3/1865. Municipalidad, 8/7/1865. Propuesta de los hermanos Lacroze para unir la estación rural con el centro histórico a través del tranvía urbano y con la villa de San Andrés de Giles por tranvía rural. El proyecto no se concretó. 7/10/1867, 13/11/1867.

³⁹ Las actas municipales consignan la increíble cifra de 573 muertos para 1868, que supera el ya elevado número indicado en las actas de defunciones de la parroquia, y registran sucesivos proyectos para ampliar el cementerio local. Archivo del Complejo Museográfico Enrique Udaondo, Municipalidad, 23/1/1869. Las razones del defasaje observado en la gran epidemia de 1868 la explican documentos cualitativos, como la ya mencionada Autobiografía de Domingo Fernández Bestchedt, que evoca el terrible espectáculo de los cadáveres abandonados en calles y campos, sin que nadie se digne a quemarlos, ni darles cristiana sepultura por temor al contagio.

⁴⁰ Provincia de Buenos Aires, Censo General de la provincia de Buenos Aires. 1881, Bs. As., 1883, p. 239.

⁴¹ República Argentina, Segundo Censo de la República Argentina, 1895.

Bs. As., 1897, tomo I, p. 263.

⁴² D. N. Marquiegui: *La inmigración española de masas en Buenos Aires*, Bs. As., 1993.

⁴³ M. Fernández: *El proceso de configuración del espacio urbano en el partido de Luján (1850-1914)*, Tesis de Licenciatura inédita, Universidad Nacional de Luján, 1991.

⁴⁴ Ulrico Courtois: "La Basílica de Luján" en *La Biblioteca* (dirigida por Paul Groussac), tomo I, año 1, Bs. As., 1896.

⁴⁵ *La Opinión*: 21/10/1888, 25/10/1888, 8/11/1888, 11/11/1888.

⁴⁶ Rep. Argentina, *Tercer Censo de la República Argentina*, 1914. Bs. As., 1916, tomo I, p. 263.

⁴⁷ D. N. Marquiegui: "Aproximación al estudio de la inmigración italo-albanesa en Luján" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 3, n° 8, abril de 1988. Del mismo autor, "Reti sociali, solidarietà etnica e identità. L'impatto delle catene italo-albanese a Luján" en Gianfausto Rosoli (comp.) *Identità degli italiani in Argentina. Reti sociali, famiglia e lavoro*, Roma, 1993 y "Gli italo-albanesi di Luján-Argentina: vecchie abitudini in una nuova casa" en Antonino Denisi (comp) *La mobilità italiana e le Nuove Sfide alla Società italiana*, Messina, 1995.

⁴⁸ María Cristina Cacopardo: "Indicadores sociodemográficos de 14 partidos de la cuenca de Luján (1869-1980)" en *Cuadernos de Ciencia y Tecnología*, n° 2, Luján, s/f.

⁴⁹ Dirección de Investigaciones, Estadísticas y Censos, *IV Censo General de la Nación 1947*, tomo I.

⁵⁰ Banco de la provincia de Bs. As., *Reseña histórico-económica de los partidos de la provincia de Buenos Aires*, Bs. As., 1973, p. 81.

⁵¹ Dirección Nacional de Estadísticas y Censos, *V Censo Nacional de Población 1960*, tomo III y *Censo Nacional de población, viviendas y familias 1970*.

⁵² M. C. Cacopardo (coord.): *Población, vivienda y pobreza en el partido de Luján (1960-1980)*, Luján, 1989.

⁵³ Dirección Nacional de Estadísticas y Censos, *Censo nacional... 1970*, op. cit., y *Censo Nacional de población y vivienda 1980*, Serie D, Población.

⁵⁴ Al respecto, para una exposición sumaria de las distintas etapas del proceso de urbanización que tuvo por escenario a la ciudad de Luján, véase de D. N. Marquiegui y Mónica Fernández: "Convergencias. Las etapas del proceso de urbanización en una ciudad antigua de la provincia de Buenos Aires. El caso de Luján (República Argentina). Siglos XVIII a XX" en *Revista de Historia de América*, n° 123, México D. F., 1998.